

Academia de Buenas  Letras de Granada

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL
EXCMO. SR. DON WENCESLAO-CARLOS
LOZANO GONZÁLEZ

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL DÍA 10 DE JUNIO DE 2024

GRANADA
MMXXIV

Esta publicación ha contado con una subvención de la Consejería de Transformación Económica, Industria, Conocimiento y Universidades de la Junta de Andalucía.



Junta de Andalucía

Consejería de Transformación Económica,
Industria, Conocimiento y Universidades

Edita: © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

Imprime: Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

Depósito Legal: Gr/685-2024

Ser la voz de otro

Excelentísimo Sr. Presidente,
Excmas. e Ilmas. Sras. y Sres. Académicos,
Señoras y señores, amigos todos:

El lunes 3 de noviembre de 2008, a esta misma hora y desde esta misma cátedra pronuncié mi discurso de ingreso en la Academia de Buenas Letras de Granada; lo cual, añadiendo un año como académico electo a los quince largos como numerario, suman casi diecisiete como miembro de esta institución que me ha deparado tantas satisfacciones intelectuales y, por supuesto, afectivas en el trato con las mentes más talentosas literariamente de una ciudad tan cuajada en historia y cultura como es Granada. Siempre he afirmado que si bien son todos los que están, nunca pueden estar todos los que son, pues la gran literatura no requiere de academias para narrar lo inenarrable y dar voz a los sin voz, que somos casi todos. En ello me ratifico hoy, sobre todo con respecto a los que están y son mis compañeros y amigos ya de antiguo, y a los que agradezco que me acogieran fraternalmente, ya estuvieran aquí antes que yo o llegaran después. Y, por supuesto, a los que se fueron, dejándonos su ejemplo de valores personales, intelectuales y artísticos, empezando por ese fino poeta satírico llamado Juan Jesús León, entrañable amigo desde que pisé esta tierra en 1972, a la que llegué desde Tánger, tan bohemios y melenudos el uno como el otro, y que en 2007 me dio la bienvenida en la institución, en la que apenas nos dio tiempo a convivir unos pocos meses, con el siguiente pareado: «Quién te ha visto y quién te ve / de melenas y desastrado / a vestirte de chaqué». Una

jocosa observación que, en su momento, también se podía haber aplicado a sí mismo.

He intentado cumplir dignamente mi cometido como académico y como compañero en esta aventura intelectual y existencial, una tarea facilitada por la dimensión de una ciudad tan a la medida humana, asistiendo lo más asiduamente posible a las juntas ordinarias y públicas, manteniendo el contacto institucional por medio de nuestros dos chats de WhatsApp; y por supuesto el trato personal, ya en labores literarias colectivas o en las no menos importantes reuniones de confraternización en torno a una buena mesa o a una copa de vino tras las juntas y actos oficiales, pues ahí es donde mejor se abren los corazones. Todo ello también gracias a la desinteresada labor, por parte de algunos miembros, de tener en activo una institución tan respetable como esta. Y aquí es de justicia destacar con nombres y apellidos, fuera quien fuera el presidente de turno, al veterano equipo de gobierno conformado por José Rienda, José Gutiérrez y José Ignacio Fernández Dougnac —esa terna de Pepes siempre al pie del cañón—, junto con Eduardo Castro, a cuya imprescindible dedicación como jefe de taller tanto debemos todos.

Me permito recordar sucintamente mi currículum profesional, o sea ese bagaje esperable de todo docente e investigador de una Universidad como la de Granada, en el ámbito de la filología, la fraseología y muy especialmente la traductología, con las correspondientes publicaciones en actas y revistas especializadas nacionales y extranjeras, en seis libros propios y otros compartidos, y mi actividad como traductor literario con, hasta la fecha, medio centenar de novelas traducidas para editoriales como Cátedra, Planeta

de Agostini, Alianza, Destino, Seix Barral, Almuzara, Impedimenta, Periférica, Esdrújula, Días Contados; incluyendo cuatro libros de historia traducidos para la Editorial de la Universidad de Granada y más de doscientos cincuenta textos científicos traducidos al francés para su Gabinete de Comunicación, junto con decenas de artículos académicos y trabajos para instituciones públicas y privadas españolas y francesas. Esta ha sido pues mi actividad creativa o recreadora, profesional en segundo grado, como complemento vocacional a la docencia, por la que entiendo que consideraron tan generosamente mi incorporación a esta Academia quienes propusieron en su día mi candidatura.

No puedo por menos de señalar a José Gutiérrez como el poeta y amigo que más tempranamente ha confiado en mí en este ruedo de la Granada literaria, ya desde los inicios de la revista universitaria *El Fingidor*, una de sus criaturas más agraciadas, en la que sin duda volqué mi mejor voluntad y capacidad de trabajo durante sus nueve años de existencia entre enero de 1999 y diciembre de 2007, como colaborador de edición y autor de decenas de artículos y reseñas. Como académico he ejercido de secretario general durante los cuatro años de presidencia de don Antonio Sánchez Trigueros; o sea, de 2008 a 2012, lo que en nada supuso un sacrificio sino un privilegio, habida cuenta de la dimensión humana e intelectual del hoy presidente de honor. Por lo demás, he sido miembro de jurados de premios y de concursos literarios, y he publicado algunos artículos en el Boletín de la ABL, entre los cuales cuarenta textos para la sección *De Buenas Letras* del diario Ideal. Así mismo, dos libros autorales en la colección Mirto Academia y otros como coautor. He firmado una docena de entradas

del *Diccionario de Autores Granadinos*, entre las cuales una tan señalada para mí como la de la poeta granadina Esperanza Clavera Pizarro, a raíz de la cual nos unió una íntima amistad que redundó en 2012 en la edición de su obra completa por José Ignacio Fernández Dougnac en la colección Genil de la Diputación de Granada, con una pesquisa biográfica mía resultante de una paciente labor de sonsaque que me costó meses de amistosa dedicación en el transcurso de varios años, durante sus habituales vacaciones primaverales en Granada procedente de su residencia en Florida.

Dicho esto, me toca dar cuenta de mi labor traductora, en consonancia con mi discurso de ingreso, titulado *Traducir literatura o crear recreando*, si bien entonces en un plano teórico, ahora en el práctico, historiando un poco mi relación con Yasmina Khadra, apodo literario de Mohamed Moulessehoul, el autor que más he traducido y, por consiguiente, mejor conozco. El título del presente discurso, *Ser la voz de otro*, bien podría haber sido *Yasmina Khadra c'est moi*, parafraseando el famoso *Madame Bovary c'est moi*, una frase apócrifa que Flaubert jamás pronunció, sobre una mujer y una historia que se inventó sin inspirarse en ningún modelo. Con esto hago constar que la voz española de este escritor magrebí francófono es, inevitablemente, la mía en veinte de sus novelas, como él mismo quiso que fuera desde que nos conocimos, otorgándome su total confianza con la misma generosidad que lo hizo con su amistad.

Nacido el 10 de enero de 1955 en Kenadsa, una ciudad histórica del Sahara argelino, tan mítica para ellos como Granada para nosotros, el niño Mohamed fue ingresado con nueve años por su padre en la academia militar para cadetes de Tlemcen, ciudad del noroeste argelino. Un privilegio para hijos de veteranos de la recién acabada Guerra de Liberación. Podemos imaginar lo que era la vida en Argelia por entonces: miseria, hambre, inválidos, miles de huérfanos, odio y resentimiento, ajustes de cuentas entre ideologías distintas, luchas internas por el poder y más muertes todavía. Y, en sentido inverso, la alegría por la liberación, el orgullo de ser una nación independiente por vez primera en su historia, la ilusión de crear un país nuevo bajo la bandera del socialismo, que por entonces constituía una esperanza y todo un programa para los países que se estaban desembarazando del yugo colonial.

El joven, de escaso ardor guerrero, se refugia en la biblioteca de su academia militar, donde abundan los libros incautados a centros institucionales franceses, y se va haciendo con una sólida cultura literaria y un perfecto dominio de la lengua del colonizador. Empieza a publicar con su auténtico nombre en los años 80: novelas costumbristas sin gran interés, en opinión suya, y de las que hoy nadie se acuerda ni él mismo desea volver a publicar. Pero va radicalizando su discurso, se va haciendo crítico con lo que ve y no le gusta, hasta que en 1989 la jerarquía militar le prohíbe publicar. Sigue haciéndolo con uno de los nombres de su esposa: Yasmina Khadra, que significa «jazmín verde» —digo uno de ellos porque a ella la conozco por Amal—. Según él, un seudónimo de mujer —algo tan poco varonil por parte de un musulmán, además de

militar— como homenaje a la mujer argelina, que fue la primera en alzarse contra el integrismo en su pretensión de tenerla aún más dominada de lo que lo estaba en las condiciones históricas habituales. Famosa entre los árabes es su frase: *La desgracia se enseñorea allá donde la mujer es pisoteada*. Y en actos públicos suyos más de una vez ha dicho que «*en Argelia habrá libertad cuando las chicas puedan pasear solas de noche por la calle como ocurre en España*». Hasta septiembre de 1999 en que, todavía sin revelar su identidad, confesó ser un varón al diario francés *Le Monde*, sus lectores estaban convencidos de que era una mujer. La introducción a la edición francesa de *Morituri*, de 1997, lo da por seguro, y llega a afirmar: *Es vital que no se la pueda desenmascarar. Y no solo no se debe desenmascarar a la escritora, no hay que desenmascarar sobre todo a la mujer. Este es sin duda el precio del derecho a editar para una mujer argelina. Este es el precio de la vida contra la barbarie integrista o la represión policial o militar*.

No consiguió soltar el uniforme hasta los 44 años, en 1999, tras varios años intentándolo sin conseguirlo, estando el país en guerra civil. Cuando lo consigue, se autoexilia en México en 2000 y unos meses después en Francia, donde reside unos años en Aix-en-Provence (en una vivienda propiedad de su editor) y más adelante en París, hasta la fecha, aunque también tiene casa en San Juan de Alicante y en Orán. Alcanzó cierta notoriedad en Francia y Argelia con la publicación de unas novelas de un verismo estremecedor, como las policíacas *Morituri* (1997), *Doble Blanco* y *El otoño de las quimeras* (1998), de la mano de su protagonista llamado Brahim Llob, un tan entrañable

como huraño comisario de policía de Argel, ya maduro y desencantado de la vida, que se las ve y se las desea para luchar día tras día contra la delincuencia organizada desde las más altas instancias de poder: asesinatos, guerra civil, terrorismo, corrupción generalizada, etc. Al ser nuestro autor comandante de unas tropas destacadas en primera línea de fuego contra ese enemigo interno, pudo conocer de primera mano la mentalidad de esos «locos de Dios» y sus métodos de lucha, que reflejó en dos escalofrantes novelas: *Los corderos del Señor* (1998 en Francia y 2002 en España) y *Lo que sueñan los lobos* (1999 en Francia y 2000 en España). Estas dos novelas, editadas en Alianza Editorial por otro traductor distinto, y las tres señaladas más arriba por la granadina editorial Zoela, estas sí traducidas por mí, más o menos por las mismas fechas.

Estas cinco novelas, publicadas en Francia con su apodo literario femenino del que ya no se ha desprendido, transcurren pues en pleno auge bélico del llamado Decenio Negro, la guerra civil que asoló Argelia desde 1991 hasta sus últimas convulsiones en 2002, con la victoria del gobierno del FLN, inamovible desde la independencia como buena dictadura que es. Como he señalado, en todos los casos, pero sobre todo en los dos últimos, una descripción descarnada de la realidad del país que opuso al ejército nacional y al terrorismo, encarnado principalmente en el Frente Islámico de Salvación (FIS) y en el Grupo Islámico Armado (GIA), entre otras siglas que acabaron conformando una guerra de guerrillas a varias bandas, con un balance de al menos doscientos mil muertos, entre unos y otros, además de las indecibles barbaridades que se cometieron en lo tocante a torturas, secuestros, violaciones, asesinatos de cantantes y

poetas, intelectuales, periodistas y demás gente relevante, muchos de los cuales tuvieron que exiliarse, sobre todo a Francia, para sobrevivir. En pocas palabras, el gobierno había organizado unas elecciones municipales democráticas, y las anuló tras la primera vuelta para evitar una arrolladora victoria islamista en la segunda, tras lo cual se produjo lo inevitable, y posiblemente buscado y deseado por parte de una dictadura tan corrupta y quemada que no veía otro modo de salir del atolladero que llevando la situación a su paroxismo para que la ira y el odio popular se extinguieran por agotamiento, horror y hambruna generalizada. Ese es el escenario de aquellas primeras novelas: la Argelia contemporánea, el cataclismo bélico, el integrismo religioso triunfante, el liderazgo y adoctrinamiento forzoso por parte de los veteranos de la guerra de liberación antisoviética de Afganistán, la crisis económica, la falta de libertad y la corrupción galopante. Todo ello, con un estilo vigoroso, metáforas novedosas, un lenguaje descarnado y a menudo argótico, combinando la riqueza expresiva del francés con el imaginario árabe-magrebí, sarcásticos juegos de palabras con su peculiar visión del mundo y sentido del humor. El lenguaje de la calle, de la policía, de los delincuentes, de los bajos fondos. Y, en el caso de *Los corderos del Señor* y de *Lo que sueñan los lobos*, dos auténticos manuales de referencia hoy en toda academia militar del mundo, sobre cómo se convierte en terroristas suicidas a jóvenes desnortados que han renunciado a sus sueños.

En el año 2000, la recién creada editorial Zoela me propuso traducir la que, en una posterior retraducción para Almuzara en 2005, titulé *Trilogía de Argel* —esto es, *Morituri*, *Doble blanco* y *El otoño de las quimeras*—.

Una propuesta que, lógicamente, acepté de inmediato tras la apasionada lectura de esos textos cuya crudeza así como la valentía y el talento literario del autor me cautivaron de inmediato. Al autor lo conocí personalmente durante la Semana Negra de Gijón en julio de 2001, cuando ya había traducido yo esas tres novelas y él había empezado a publicar con Alianza Editorial las dos que acabo de señalar. Zoela también publicó en 2003 la novela titulada *Prima K*, una sobrecogedora historia de enajenación mental que esta vez no traduje yo sino mi hermano Antonio, escritor y también traductor, por encargo mío al estar sobrecargado de trabajo. En fin, el flechazo amistoso fue mutuo e instantáneo. Durante varios días, pudimos charlar sobre la novedad y complejidad de su narrativa y sus proyectos de escritura. Poco después vino a Granada, donde conferenció en la facultad de Traducción y le hice descubrir Andalucía y su pasado árabe, tras lo cual la amistad se hizo tan firme que me designó traductor exclusivo suyo en español. Diré que en 2015 traduje para la editorial granadina Esdrújula *El loco del bisturí*, una novela policíaca cuyo protagonista también es el comisario Llob, pero anterior a la mentada trilogía, publicada en 1989 en Argelia y luego en 1999 en Francia, cuando todavía se le tenía por mujer. Esa fue un obsequio del autor a la joven editorial de mi hija Mariana.

¿Cómo se explica su éxito fulgurante hasta convertirse en tan poco tiempo en el autor árabe francófono más leído, y traducido a decenas de idiomas? Sin duda, por la candente actualidad de los temas que aborda y su osada veracidad; y, por supuesto, por la singularidad de su estilo y la calidad de su escritura, tan dúctil y plástica como descarnada, que sedujo de inmediato tanto a sus compatriotas de todas

las edades como al lector francés antes de devenir, muy pronto, en una voz autoral internacional. Ello, insisto, pese a ser un autor tardío amén de un militar, condición esta que, de entrada, poco lo podía favorecer en una Francia que no suele conferir grandes méritos intelectuales y artísticos al estamento castrense; pese a lo cual ha recibido numerosos premios, como consta en internet, de los que solo destaco aquí el Henri-Gal en 2011 —otorgado por la Academia Francesa y el Instituto de Francia—, el Time to Peace, el Grand Prix des Belles-Lettres. Esto, además de ser Caballero de la Legión de Honor y Oficial de la Orden de las Artes y las Letras.

El novelista sabía que tenía que exiliarse, porque en su país jamás le hubieran permitido ejercer una crítica tan lacerante y continuada. Desde luego, podía haberse quedado, aunque jugándose el tipo, viviendo enclaustrado y bajo permanente amenaza, presión y represión, tanto por parte de la nomenclatura como de los círculos islamistas, que tienen hoy unas amplias cotas de poder en Argelia debido a los enjuagues y a las concesiones políticas y económicas acordadas entre ambas partes para mantener el *statu quo* y la paz social. Así pues, optó por un exilio voluntario, también para que sus tres hijos pudieran crecer y educarse en una sociedad libre, abierta y democrática. Hay que decir que es un exiliado un tanto atípico, desde luego extremadamente crítico con todo tipo de abusos del poder —que en su país son todos los posibles—, pero a la vez, como buen militar, un patriota con una inquebrantable voluntad de servicio. Es un demócrata sin fisuras, pero también un musulmán creyente y practicante. Tiene casa en Orán y allí pasa todos los años parte de sus vacaciones

y el mes de ramadán. Para contribuir a mejorar las cosas desde dentro, ha aceptado cargos oficiales por designación presidencial, como la dirección del prestigioso Centro Cultural Argelino de París de 2008 a 2014, año en que fue destituido precisamente por no contemporizar con quienes lo habían aupado al cargo.

En lo referente a su estilo a lo largo de tantos años y tantas novelas, yo hablaría de una evolución positiva en su maestría narrativa y de una diversidad argumental, aunque sin cambios expresivos destacables, tratándose de un contador de historias poco interesado en el experimentalismo estilístico. En *La parte del muerto* (2004 en Francia y 2005 en España), resucitó al comisario Brahim Llob tras haberlo matado en un atentado al final de *El otoño de las quimeras*; una muerte que yo mismo le reproché por demasiado anticipada, tratándose de un personaje que habría podido dar mucho más de sí novelísticamente. Me dio la razón, aunque ya resignado ante la aparente irreversibilidad del caso. Yo aduje que en literatura todo es posible, incluso resucitar a un muerto, poniéndole como ejemplo nuestro Quijote. Acabó haciéndome caso y pocos años después publicó esa novela, donde nos topamos con un comisario Llob bregando en un Argel anterior a la guerra civil. Una novela más larga de lo acostumbrado en él hasta entonces, y más densa, en la que, con motivo de una de sus investigaciones criminales, el comisario ajusta cuentas con el espinoso y traumático asunto de los *harkis*, esos argelinos que se mantuvieron fieles a Francia, y que luego fueron tan maltratados en aquel país —los pocos miles que estos aceptaron repatriar—, y no digamos en Argelia, donde fueron masacrados decenas de miles al final de la guerra de independencia.

En cuanto a la diversidad temática y desubicación espacial, no sé si lo hace por satisfacer las demandas de su público lector o por aventurismo creativo, aunque seguro que no por el agotamiento argumental de su obra inicial, más centrada en su país de origen. El hecho es que se trata de un autor prolífico, con una media de una novela anual, y comercial en sentido estricto, porque vende mucho: de algunos de sus títulos se han vendido cientos de miles de ejemplares solo en Francia, y la mayoría de ellos se imprimen por decenas de miles. Por otra parte, su novela *Morituri* ha sido llevada al cine; *Lo que el día debe a la noche* al cine y a la danza; *El atentado* al cine, al teatro y al cómic; *Las golondrinas de Kabul* y *El Olimpo de los desdichados*, al teatro. Por tanto, me imagino que, de un modo u otro, intenta captar qué esperan de él sus lectores más fieles. En más de una ocasión le he dicho que, para mí, el mejor Yasmina Khadra es el que se centra en la problemática argelina, porque es de lo que más entiende y en lo que se expresa con más pasión y veracidad.

Me tiene dicho y repetido que no quiere que lo encasillen y que muchos escritores se permiten elucubrar ficcionalmente sobre esto y aquello sin que se les reproche, aunque no dominen debidamente la cultura del país ni el tema en que se zambullen. Por tanto, opina que tiene el mismo derecho que los demás a hacerlo. Que yo recuerde, a vuelapluma y en desorden, ha ubicado sus novelas —y por tanto ha recreado personajes autóctonos, con sus correspondientes mentalidades— en países como Israel y Palestina, Irak, Afganistán, Somalia, Libia, Cuba, México y Marruecos, y en espacios no menos dispares, desde los despachos del poder hasta los descampados de mendigos

sin hogar. Ello, ya desde 2002 en que publica *Las golondrinas de Kabul*; o sea, casi desde siempre. Se trata más bien de un ejercicio de imaginación y de un modo de hacer constar que, en el fondo, la condición humana no varía tanto en función de la geografía y de la cultura; que sus aspiraciones, sentimientos, alegrías y sufrimientos, nobleza o vileza moral, son universales y por tanto consustanciales al ser humano. En eso tiene parte de razón, pero solo parte, claro está, porque cada cultura tiene peculiaridades intrasferibles. Por ello no es de extrañar que un lector «nacional» de alguno de los países mencionados pueda detectar pifias culturales o psicológicas en la expresión de la mentalidad y comportamiento de sus «compatriotas» ficcionales. No soy quién para discutirlo. En mi caso, las novelas sobre Somalia y Cuba me decepcionaron por poco creíbles. De hecho, para la traducción de la cubana tuve que subcontratar a una autora nacional para que me cubanizara un poco todo aquello, siendo yo incapaz de hacerlo por mi cuenta por mucho que me empapara de la novelística de Leonardo Padura y de glosarios por internet. La de México, titulada *Pour l'amour d'Elena*, ni siquiera se ha traducido al castellano, y supongo que me negaría a hacerlo, recomendando a un traductor mexicano. Pero bueno, así de riesgoso es un oficio que requiere tanta inventiva e imaginación como el de contador de historias.

Esa señalada diversidad argumental y desubicación espacial no implica que se desnorte de su motivación primordial, que es el ser humano en lo más profundo de su condición, empezando por el sufrimiento. Yasmina Khadra es uno de los escritores más capacitados que conozco para adentrarse en los entresijos del dolor, en cuanto a su intensidad, con-

catenación y proceso por vía de las vivencias personales, y sustancialmente un dolor infligido por los demás. En una de las entrevistas que le he hecho, en este caso para *El Fingidor* en 2007 —recalco que esta fue la primera revista cultural española en publicar, ya en 2001, un largo artículo situacional sobre la personalidad y la obra del escritor—, le pregunté cuál era su opinión sobre lo que se entiende por memoria histórica y memoria colectiva, a lo que me contestó con sobrada elocuencia: *Los hombres nunca han sabido mostrarse dignos de los sacrificios hechos en su nombre, porque son incapaces de resistirse a las tentaciones más degradantes. Los juramentos formulados en esos altisonantes “Nunca más”, las promesas hechas al salir de las tragedias más demenciales se apagan como pavesas al contacto del aire que producimos pasando página. Nuestra historia es la incesante actualización de nuestra ineptitud para instruirnos. ¿Acaso no son los males de hoy los mismos que los de ayer? ¿Y acaso no se inspiran las guerras de hoy en las de antaño para sobresalir en el arte de dañar y destruir? Yo procedo de la guerra. En mis oídos siguen resonando los gritos del infortunio y mis ojos siguen llenos de sus atrocidades. Me basta con cerrar los párpados para recuperar, intactos, los horrores de pesadilla que hicieron de mi país una carnicería. Por si fuera poco, la infamia se va haciendo más espantosa con el tiempo, y la gravedad de las heridas sobrepasa todo lo concebible. Tras la pena y el dolor permanece anclada en lo más hondo del ser una rabia que se intuye inextinguible. Así se van enlazando los dramas y renovando las represalias. Como comprobarán a tenor de los tiempos actuales, es difícil expresarlo con más claridad.*

Luego está el amor, sobre todo el del hombre por la mujer, otra constante en su obra. Ciertamente es que un amor casi siempre aporreado, y por ende desdichado. Y es que resulta harto complicado relatar el amor entre hombre y mujer en el contexto de la cultura musulmana sin que salgan a relucir los duros condicionantes que la aquejan, que son tremendos para la mujer, aunque no solo para ella. Lo mismo podemos decir de la denodada lucha personal contra el sentimiento de impotencia ante las vicisitudes de la existencia, aun más dolorosas e ineluctables en contextos de opresión política y cultural. Pero no sería tan competente en la expresión y descripción de estos elementos sin su formidable capacidad para recrear su reverso, su causante «natural» y por tanto más habitual, como es la propensión a la maldad del ser humano. Una maldad contra la cual se rebela narrativamente con la misma vehemencia con que se compadece de los siniestrados por ella. Creo que la suma de estos componentes narrativos, presentes en toda su obra, conforma la clave de su éxito como novelista. Estos son sus temas, lo demás son situaciones concretas, históricas a la vez que personales, cuya amplia diversidad —no por ficcional menos apegada a la realidad del mundo actual— no hace sino confirmar su voluntad de denuncia y su capacidad de inventiva. Esto no quita para que el laberinto argelino siga estando presente en su obra, como lo demuestran títulos como *Los ángeles mueren por nuestras heridas* (2013); *A qué esperan los monos* (2014); *Khalil* (2018); *La sal de todos los olvidos* (2021) y muy especialmente *Los virtuosos* (2022 en Francia y 2023 aquí). En todos estos casos, los protagonistas son argelinos en su país, malheridos por la vida, es decir la miseria, la mala

suerte, el amor, la envidia, la traición, la codicia y la injusticia. Situaciones contra las que se suelen revolver movidos por la emoción antes que por la razón, pero siempre en busca de un estado de pureza redentora idealmente, pero destructora en la práctica. Todo esto también tiene, desde luego, bastante que ver con el fatalismo musulmán al que está tan apegada la cultura beduina, y es un motivo añadido de su éxito entre unos lectores, jóvenes y adultos, que hoy se debaten dolorosamente entre tradición y modernidad.

Un caso paradigmático es precisamente el de su última novela, *Los virtuosos*, publicada en España en 2023, en la que el autor encaja con maestría, en tanto que elementos literarios inexcusables, ese compendio de obsesiones y desgarros que conforman su personalidad. El título de la obra es acertado tanto por corto como por remitir a las virtudes del protagonista y de otros pocos seres entre los muchos que se cruzan en su vida, en contraste con unas maldad y dureza de la vida más generalizadas. En esta novela recuperamos al mejor Yasmina Khadra, que escribe sobre lo que más sabe, es decir su país, la mentalidad de su gente, las tradiciones y ataduras culturales de los beduinos, sus valores, miserias y grandezas. Aquí todo ello, una vez más, muy bien contextualizado en la Argelia colonizada, a partir de 1914, inicio de la Primera Guerra Mundial hasta mediados del siglo XX, en que el protagonista es casi un anciano, superviviente de mil aventuras y desdichas, que cierra su largo relato sobre su vida escarmentado pero, pese a todo, consciente de su suerte. Este es un esquema que, ya enfocado desde el presente o desde el pasado, ha utilizado el autor en otras novelas, como *Lo que el día debe a la noche*, *Los ángeles mueren por nuestras heri-*

das, *Qué esperan los monos* y *La sal de todos los olvidos*, conformando un intenso relato de 540 páginas, narrado en primera persona con perfecta linealidad cronológica, y dividido en cuatro partes y 63 capítulos.

El autor se mueve con plena soltura dentro de este esquema, que le permite saltar de una situación existencial a otra sin enredarse en demasiados circunloquios; una fórmula que recuerda los guiones de las películas de acción americanas —él mismo ha sido guionista de varias películas—. La primera parte es bélica, con la participación del protagonista en la contienda. El horror de la guerra de trincheras está recogido con profusión de detalles en el contexto de los fusileros indígenas —los llamados *tirailleurs sénégalais*, aunque reclutados en todos los países subsaharianos del imperio colonial francés y muertos por decenas de miles en ambas guerras mundiales—; aquí un auténtico drama bélico descrito con la minuciosidad y el realismo de un militar profesional. De hecho, en aquel momento un tema de moda en Francia con motivo de la película *Tirailleurs* (2022), de Mathieu Vadepied y protagonizada por el aclamado actor franco-senegalés Omar Sy. Su escalofriante verismo recuerda esos documentales sobre la I Guerra Mundial que vemos regularmente en TV2, ya en blanco y negro o coloreados. Las demás partes se corresponden con periodos también delimitados. Esto es, el regreso a su tierra, donde ha sido objeto de un engaño fatal que lo obliga a huir para salvar la vida; luego su periodo como maquis en lucha contra el colono francés. Por último, sus once años de presidio y, para su suerte, la resolución de casi todos los enredos y reveses padecidos a lo largo de su vida, entre los cuales la recuperación de su mujer y de su hijo, ya mayor de edad.

Son muchos los personajes que aparecen, desaparecen y reaparecen a lo largo de la historia. Muy especialmente, compañeros de trincheras que se dispersaron tras la guerra pero cuya condición existencial y hermanamiento por las armas —jóvenes de muy escaso nivel cultural, y sumidos en un contexto de dominación extranjera— los vuelven a reunir, a veces muchos años después, todo ello aderezado con numerosas expresiones y sentencias puramente magrebíes, muchas de ellas transliteradas sin la menor explicación sobre su sentido, dentro de un lenguaje muy vivaz y coloquial, a menudo en el argot de la milicia y de la pequeña delincuencia. Hago constar que no se me concedió establecer un glosario de términos árabes para el lector español, a diferencia de otras veces, aunque no viniera en el original francés. En cualquier caso, una novela magistral tanto en su factura como en su impronta moral, a la altura de la mejor literatura universal.

Para ir terminando, algo debo decir sobre mi relación estrictamente laboral con nuestro hombre, dando por supuesto que, para el traductor, cada autor es un mundo aparte y el vertimiento de cada una de sus obras a su propio idioma es una operación harto delicada y comprometida, siempre distinta y aventurada. En su caso, he publicado trabajos sobre aspectos concretos como *La metáfora zoomórfica en la narrativa de Yasmina Khadra* (2002) y *La expresión religiosa en la narrativa de Yasmina Khadra* (2003), amén de ponencias congresuales, entrevistas y presentaciones en distintos foros de España, como Sevilla, Madrid, Segovia y Granada, en Tánger en 2009 y hasta en su ciudad del alma, Orán, donde inauguramos, con enorme afluencia de público y protección oficial, la sección de la biblioteca del

Instituto Cervantes dedicada a su nombre, y donde impartí en 2011 un taller de traducción literaria sobre su obra. Diré como anécdota que, el segundo día de práctica traductora, tras haber anunciado para después de una pausa-café unos ejercicios sobre algunas secuencias de temática sexual para tratar ese aspecto de su narrativa, todas las chicas asistentes al seminario desaparecieron como por ensalmo, lo cual no me sorprendió demasiado. Cuando, algo más tarde, les pregunté por qué lo habían hecho, me contestaron muy sonrientes que no tenían nada que reprocharme a mí ni al autor, pero que no estaban acostumbradas a tratar académicamente esos temas.

En traducción son muchos los factores a tener en cuenta, empezando por la inconfundible voz autoral de todo escritor de raza —que requiere una réplica acertada y sostenida en otro idioma—, por la versatilidad y complejidad discursiva propias de un árabe que combina las sutilezas del idioma aprendido «por imperativo colonial» con el aporte de su imaginario cultural ancestral, en el que se incluyen el refranero, la fraseología, el universo metafórico y las singularidades de un periodo histórico concreto. Todo esto conforma su soporte discursivo y su estilo, colaborando en el dinamismo y el colorido de su escritura; y, en definitiva, constituye la forma del autor de expresar su ironía, su dolor, su sistema de valores y su indignación ante esa «injusticia universal» que denuncia. Ahí es donde se evidencia la dificultad y la labor de recreación literaria que tiene que llevar a cabo el traductor para recuperar un máximo de sentido junto con el efectismo de la forma.

Acabo retomando algunas ideas que ya expresé en mi discurso de ingreso en esta docta academia hace dieciséis años: Traducir literatura es una operación expresiva compleja

en la que confluyen múltiples mecanismos psíquicos y se concilian dos lenguas bordeando los límites de su tolerancia. Ya señaló en su día Ortega y Gasset que *la traducción no es la obra, sino un camino hacia la obra*, o sea que a lo más que puede aspirar es a ser una aproximación al texto original. Es por tanto una actividad metaliteraria —es decir, otra forma de hacer literatura— que obliga a una permanente elección entre distintas posibilidades y está ligada a factores heterogéneos y a hallazgos casuales que la confirman como práctica cultural a la vez que como técnica. De ahí que el texto de partida deba mantener con el de llegada una relación artística de creación a recreación, y, siendo así que la literatura trasciende la gramática, no haya una sola manera de traducir, pues cada obra requiere un tratamiento específico para generar su propia traducción. Por tanto, no existe la equivalencia ideal y única ya que esto sería presuponer que el lenguaje es inmutable y que el texto es un armazón con sentido unívoco en cuyo significado ni el traductor ni el lector ni el propio tiempo intervienen.

En tanto que producto acabado, debe ser comprendido y percibido por su lector con la misma fuerza que lo percibe el lector de la obra en su lengua original y, si cabe, en su época. En esto siempre me he atenido a la escueta recomendación de Valentín García Yebra de traducir *todo lo que dice el original, solo lo que dice el original y de la mejor manera posible*. El traductor literario se define así como un mediador cultural que simultanea fidelidad y creatividad, y cuya aspiración no puede ser otra que coincidir en estado de empatía con su autor y en estado de gracia con su propia capacidad de comunicar.

Muchas gracias.

WENCESLAO-CARLOS LOZANO GONZÁLEZ
(Tánger, 1952)

Licenciado en Filología Francesa por la Universidad Complutense de Madrid y doctorado con Premio Extraordinario por la Universidad de Granada con una tesis sobre el politólogo y escritor franco-suizo Benjamin Constant. Diplomado en Estudios Avanzados (DEA) sobre *Literatura socialista francesa (siglo XIX)* por la Sorbona de París, y en Traducción e Interpretación por la EUTI de Granada.

Hasta su jubilación en 2017, ha sido profesor de Lengua Francesa de la Facultad de Traducción e Interpretación de la Universidad de Granada (FTI) y miembro colaborador del grupo de investigación «Lingüística tipológica y experimental». Ha impartido cursos y participado como conferenciante o ponente en universidades nacionales (Barcelona, León, Santander, Maspalomas, Santiago de Compostela, Sevilla, Cádiz, Jaén, Málaga, Granada) e internacionales (Moscú, Kiev, Bruselas, Amberes, Ginebra, Lausana, Pau, Estrasburgo, Bratislava, Dakar, Uagadugu, Malabo, Abiyán), y ha publicado estudios, artículos, prólogos y reseñas en volúmenes monográficos, actas de congresos y revistas especializadas sobre fraseología, crítica y traducción literaria, así como en prensa.

Así mismo académico correspondiente de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) desde 1998, y vocal de la Comisión de Traducciones de dicha entidad, colaborador y miembro del consejo de redacción de las revistas *Glosas* (ANLE, Nueva York) y *El fingidor* (UGR), del consejo asesor de *Sendeban* (FTI) y colaborador

y miembro de la *Association Benjamin Constant* con sede en la Universidad Dorigny de Lausana.

PUBLICACIONES

- Benjamin Constant: *Adolphe* (Traducción, estudio preliminar y notas), Madrid, Ed. Cátedra, col. Letras Universales 45, 1985.
- Benjamin Constant: *Mi vida-Cecilia* (Estudio biográfico y traducción), Ed. Universidad de Granada, col. Lenguas modernas nº 1, 2002.
- *Literatura y traducción* (Estudios sobre traducción literaria), Ed. Universidad de Granada, col. Collectanea nº 51, 2006.
- *Traducir literatura o crear recreando*, Discursos de la Academia de Buenas Letras de Granada, nº 45, 2008.
- Benjamin Constant: *Cécile* (Traducción y posfacio), Cáceres, Ed. Periférica, col. Biblioteca portátil nº 17, 2009.
- Balzac: *Mujeres lo bastante ricas* (Traducción, prefacio y posfacio), Cáceres, Ed. Periférica, col. Biblioteca portátil nº 27, 2010.
- *La voz aliada*, Salobreña, Ed. Alhulia, col. Mirto Academia nº 51, 2011.
- Esperanza Clavera Pizarro: *Obra completa* (estudio preliminar). Ed. Diputación de Granada, col. Genil de Literatura nº 59, 2012.
- *La cocina del traductor*, Granada, Esdrújula Ediciones, col. Académica nº 1, 2017.
- *Rastros lectores*, Salobreña, Ed. Alhulia, col. Mirto Academia nº 83, 2019.
- *Granada, paraíso confinado* (novela en colaboración), Granada, Esdrújula Ediciones, col. Etcétera, 2021.

— *Tanjawi*, Granada, Esdrújula Ediciones, col. Sistole, 2024.

TRADUCCIONES (selección)

- Benjamin Constant, *Adolphe*, Madrid, Ed. Cátedra, Letras Universales n° 45, 1985.
- Yasmina Khadra, *Morituri*, Granada, Zoela, 2001.
- Yasmina Khadra, *Doble blanco*, Granada, Zoela, 2001.
- Yasmina Khadra, *El otoño de las quimeras*, Granada, Zoela, 2001.
- Alain Montcouquiol, *Cúbrela de luces*, Granada, Zoela, 2002.
- Benjamin Constant, *Mi vida-Cecilia*, Granada, Ed. Universidad de Granada, 2002.
- Yasmina Khadra, “Wadigazen” (relato), en *MamÁfrica*, Granada, Zoela, 2002.
- *Enciclopedia de la Humanidad de la UNESCO* (miembro del equipo de traducción). Barcelona, Ed. Planeta de Agostini, 2004.
- Yasmina Khadra, *La trilogía de Argel*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2005.
- Alain Demurger, *Caballeros de Cristo*, Granada, Ed. Universidad de Granada y Universitat de Valencia, 2005.
- Yasmina Khadra, *La parte del muerto*, Madrid, Alianza Ed., 2005.
- Yasmina Khadra, *El atentado*, Madrid, Alianza Ed., 2006.
- Patrick Besson, *¡Santo Sepulcro!*, Madrid, Alianza Ed., 2006.
- Max Gallo, *Los Romanos I: Espartaco. La rebelión de los esclavos*, Madrid, Alianza Ed., 2006.
- Gilbert Dagron, *Emperador o sacerdote: un estudio sobre el cesaropapismo bizantino*, Ed. Universidad de Granada, 2007.

- Yasmina Khadra, *Las sirenas de Bagdad*, Madrid, Alianza Ed., 2007.
- Max Gallo, *Los Romanos II: Nerón. El reino del Anticristo*, Madrid, Alianza Ed., 2007.
- Max Gallo, *Los Romanos III: Tito. El martirio de los judíos*, Madrid, Alianza Ed., 2008.
- Max Gallo, *Los Romanos IV: Marco Aurelio. El martirio de los cristianos*, Madrid, Alianza Ed., 2008.
- Benjamin Constant, *Cécile*, Cáceres, Periférica, 2009.
- Max Gallo, *Los romanos V: Constantino el Grande*. Madrid, Alianza Ed. (2008).
- Max Gallo, *El triunfo del cristianismo*, Madrid, Alianza Ed., 2009.
- Max Gallo, *El pacto de los asesinos*, Madrid, Alianza Ed., 2009.
- Yasmina Khadra, *Lo que el día debe a la noche*, Barcelona, Destino, 2009.
- Max Gallo, *Los cristianos. El manto del soldado*, Madrid, Alianza Ed., 2010.
- Max Gallo, *Los cristianos. El bautismo del rey*, Madrid, Alianza Ed., 2010.
- Max Gallo, *Los cristianos. La cruzada del monje*, Madrid, Alianza Ed., 2010.
- Honoré de Balzac, *Mujeres lo bastante ricas*, Cáceres, Periférica, 2010.
- Fabrice Gagnault, *Diccionario de literatura para esnobs*, Madrid, Impedimenta, 2011.
- Boualem Sansal, *El juramento de los bárbaros*, Madrid, Alianza Ed., 2011.
- Yasmina Khadra, *La ecuación de la vida*, Madrid, Alianza Ed., 2012.

- Boualem Sansal, *Calle Darwin*, Madrid, Alianza Ed., 2013.
- Yasmina Khadra, *Los ángeles mueren por nuestras heridas*, Barcelona, Ed. Destino, 2013.
- Yasmina Khadra, *A qué esperan los monos*, Madrid, Alianza Ed., 2014.
- Rachid Boudjedra, *Los campos de chumberas*, Madrid, Alianza Ed., 2014.
- Boubacar Boris Diop, *El libro de los secretos*, Córdoba, Ed. Almuzara, 2015.
- Yasmina Khadra, *La última noche del rais*, Madrid, Alianza Ed., 2015.
- Yasmina Khadra, *El loco del bisturí*, Granada, Esdrújula Ed., 2015.
- Pierre Bergounioux, *Cuadernos 1980-1985*, Barcelona, Ed. Días Contados, 2015.
- Yasmina Khadra, *El Olimpo de los desdichados*, Barcelona, Ed. Destino, 2016.
- Boualem Sansal, *2084: el fin del mundo*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 2016.
- Yasmina Khadra, *Dios no vive en La Habana*, Madrid, Alianza Ed., 2017.
- Alfred Jarry, *Ubú rey*, Madrid, Alianza Ed., col. El libro de bolsillo nº 1.180, 2017.
- VV. AA., *Ciudad-Vivir-Habitar*, Ed. Universidad de Granada, 2017.
- Yasmina Khadra, *Khalil*, Madrid, Alianza Ed., 2018.
- Jean-Paul Zúñiga, *Casta, raza, lazo social. El lenguaje de la pertenencia en la América española, ss. XVII-XVIII*, Ed. Universidad de Granada, 2021.
- Yasmina Khadra, *La deshonra de Sarah Ikker*, Madrid, Alianza Ed., 2020.

- Yasmina Khadra, *La sal de todos los olvidos*, Madrid, Alianza Ed. 2021.
- Yasmina Khadra, *Los virtuosos*, Madrid, Alianza Ed., 2023.

Este discurso, editado por la
Academia de Buenas Letras de Granada,
se acabó de imprimir en Granada el día cinco
de junio de 2024, natalicio de Federico García Lorca,
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S. L.,
estando al cuidado de la edición
el Ilmo. Sr. D. José Abad,
Bibliotecario de la Academia.

Granada,
MMXXIV

